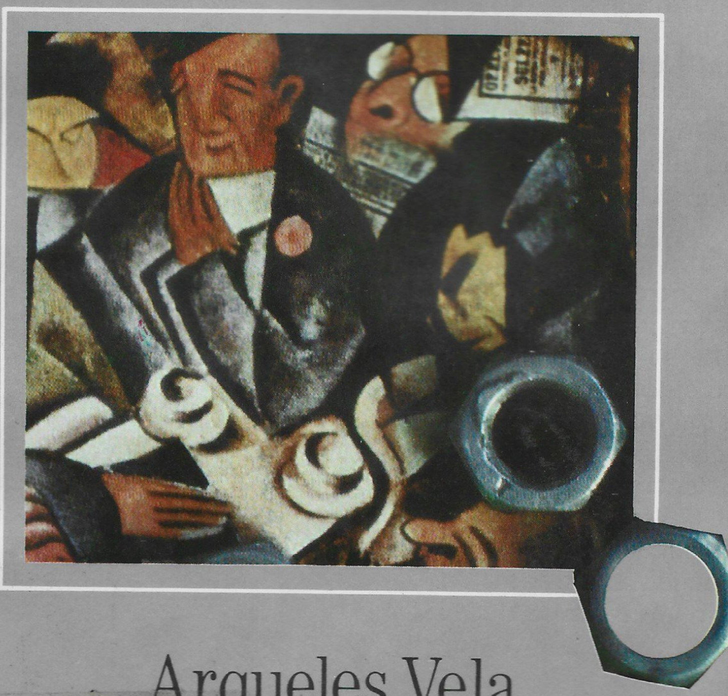
El CAFÉ de NADIE



Arqueles Vela

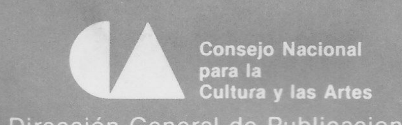
Tercera Serie
LECTURAS 20 MEXICANAS

ARQUELES VELA (1899-1977). Maestro normalista, narrador, poeta y crítico literario. En 1920 se inició como periodista en *El Demócrata*, más tarde participa en *El Universal Ilustrado* y *El Nacional*.

Con *El café de nadie* (1926), volumen que incluye la novela corta del mismo nombre y dos cuentos, Arqueles Vela logra un interesante experimento, pródigo en imágenes juguetonas y caprichosas, adjetivos novedosos y chispeantes giros de lenguaje, inscrito en el estridentismo, movimiento literario de los años veinte cuya actitud iconoclasta pretendió unir literatura e ideología política en un solo ideal revolucionario. Si para Maples Arce, cabeza del movimiento, el estridentismo "es una razón de estrategia. Un gesto. Una irrupción", *El café de nadie* consigue una feliz ruptura de las formas convencionales de narrar, a través de un estilo ágil e imaginativo que rinde culto a lo moderno y novedoso.

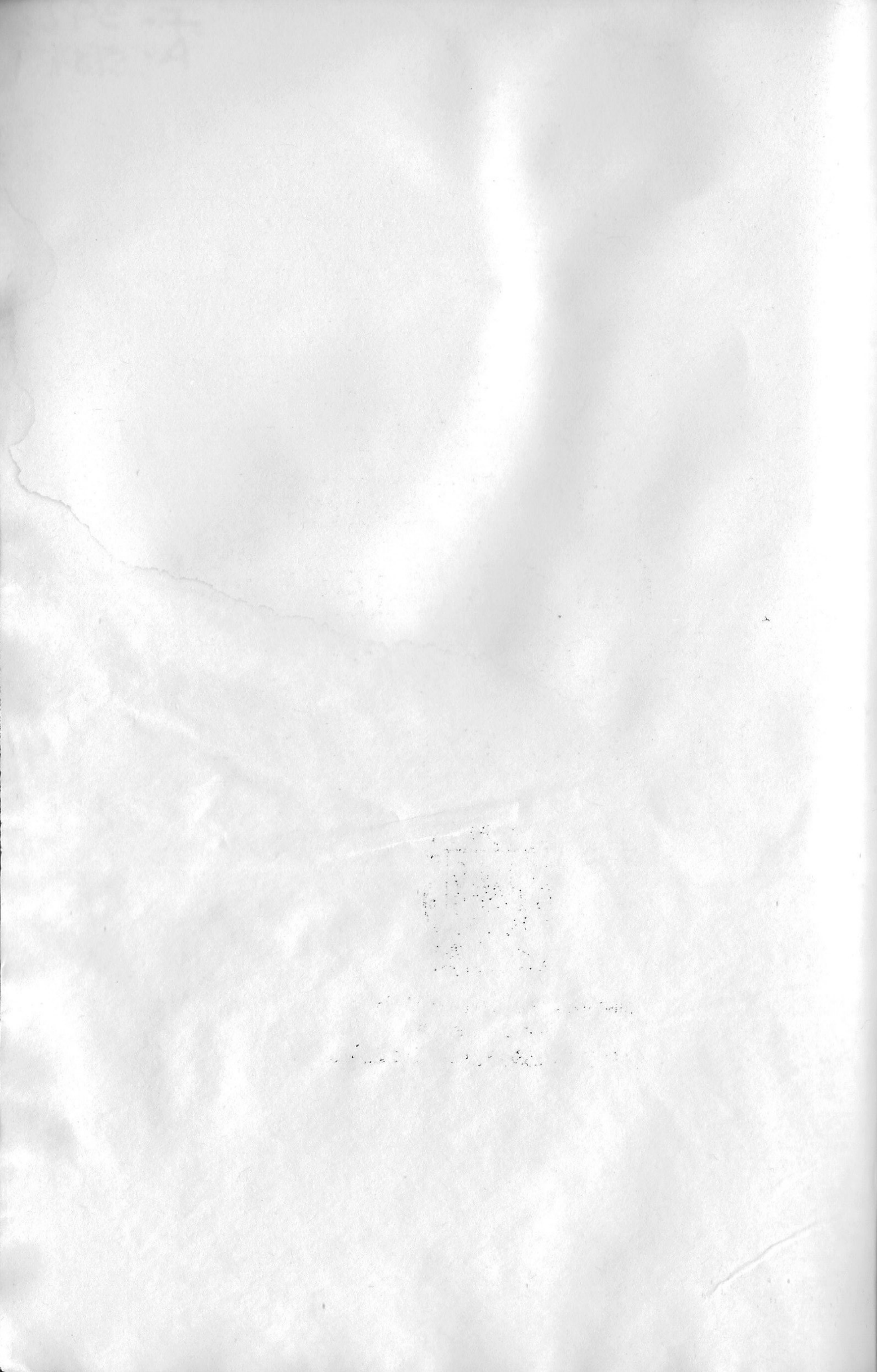
Dotados de una buena dosis de humor y ambientados en escenarios cosmopolitas, los personajes de "El café de nadie" y de "Un crimen provisional" actúan bajo los efectos de una lógica extravagante y espontánea, que los dota de una frescura pocas veces lograda en nuestra narrativa. El texto que cierra el volumen, "La señorita Etc." (personaje feminista, paladín de las luchas sindicales y de la revolución espiritual, siempre en contra del "romanticismo morboso"), reitera la búsqueda de una literatura anticonvencional y, por ello mismo, arriesgada.

Otros títulos del autor: *El sendero gris y otros poemas* (1921), *Cuentos del día y de la noche* (1945), *Teoría literaria del modernismo* (1949) y *Luzbela* (1966).

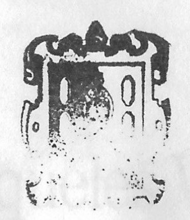


Dirección General de Publicaciones





El CAFÉ de NADIE Un CRIMEN PROVISIONAL La SEÑORITA Etc.

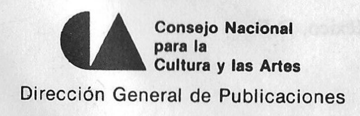


Una nueva selección de los narradores, poetas y ensayistas que han forjado la literatura mexicana del presente siglo

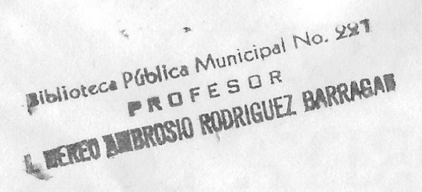
El CAFÉ de NADIE
Un CRIMEN PROVISIONAL
La SEÑORITA Etc.

Arqueles Vela

Tercera Serie
LECTURAS 20 MEXICANAS


Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes
Dirección General de Publicaciones





Primera edición: 1926, Ediciones de la *Revista Horizonte*

Primera edición en Lecturas Mexicanas: 1990

Producción: Dirección General de Publicaciones del
CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA
Y LAS ARTES

ISBN 968-29-2758-7

Impreso y hecho en México, D.F.

ÍNDICE

EL CAFÉ DE NADIE

a Manuel Maples Arce
cómplice en este Café

a Conchita Urquiza
amiga intransferible

1

La puerta del Café se abre hacia la avenida más populosa, más tumultuosa de sol. Sin embargo, trasponiendo sus umbrales que están como en el último peldaño de la realidad, parece que se entra al *subway* de los sueños, de las ideaciones.

Cualquier emoción, cualquier sentimiento, se estatiza y se parapeta en su ambiente de ciudad derruida y abandonada, de ciudad asolada por prehistóricas catástrofes de parroquianos incidentales y juerguistas.

Todo se esconde y se patina, en su atmósfera alquimista, de una irrealidad retrospectiva. Las mesas, las sillas, los clientes, están como bajo la neblina del tiempo, encapotados de silencio.

La luz que dilucida la actitud y la indolencia de las cosas surge de los sótanos, del subsuelo de las oscuridades y va levantando las perspectivas, lentamente, con una pesadez de pupilas al amanecer.

En sus gabinetes hay un consuetudinario ruido de crepúsculo o de alba...

Todo está en un perezoso desperazamiento. Las sillas vuelven a su posición ingenua, tal si no hubiese pasado nada, reconstruyendo su impasibilidad y renovando su gran abrazo embaucador.

Los visillos de las ventanas se desprenden de las ensoñaciones que les ha hecho vivir el hipnotismo de la noche, y los pensamientos que no se exteriorizarán nunca, caen de los voltaicos.

Sus dos parroquianos entran siempre juntos. No se sabe quién entra primero. Van vestidos igualmente de diferente elegancia. Caminan con un gesto de olvido, con la seguridad de que no saldrán jamás de ese laberinto de miradas femeninas, en las que se reflejan como en una galería de espejos.

En su gabinete, se guarecen, el uno en el otro, de la lluvia de las remembranzas...

Sin moverse de su rincón van recorriendo los diversos planos psicológicos del Café, ascendidos por el vaho de los recuerdos, enervados de no haber podido fumarse antes sus emociones.

Han llamado 5, 6, 7, 8 veces al mesero. Un mesero hipotético, innombrable, que cada día es más extraño. Que cada día viene de más lejos, disfrazado del verdadero mesero, políglota, acaso, para no servir sino a estos dos únicos parroquianos que sostienen el establecimiento con no pedir nada. Los demás no se adaptan a su ambiente eterizado de sugerencias arácnidas, desechadoras de cualquier frase importuna de los que franquean su misterio, desconfiados y se alejan temerosos de haber traspuesto la puerta secreta de la vida.

En las encrucijadas cuelgan de las telarañas de silencio, palabras y risas que no ha sacudido todavía el plumero de las nuevas charlas.

De cuando en cuando llega, desde el otro piso ideológico, una ahogada carcajada femenina que, como el JAZZ-BAND, quiebra en los parroquianos las copas y los vasos de su restaurant sentimental.

Las insinuaciones de los anuncios tapizan su ensimismamiento, interrumpiendo su conversación a intervalos colgados, con esa impertinencia de las personas que intervienen en las pláticas de sobremesa, sin saber por qué, impulsados por un instinto de convivialidad que los hace desmenuzarlo todo, disparatarlo todo:

Ellos sonríen. Sacan de su bolsillo una tabaquera de ideas y encienden simultáneamente, sincrónicamente, sus acostumbrados cigarrillos engargolados de sentimentalidad o rebeldía y se aletargan sobre la *chaise-longue* de sus remembranzas.

Los relojes estacionados comentan las vidas del Café y de los parroquianos enfermos, casi muertos de vivir esa hora inmóvil que retrasa todas las emociones. La hora que despierta de ansiedad el espíritu y lo va regularizando hasta instantear la sensibilidad de las mujeres...

Los parroquianos, subterfugiados de sí mismos, permanecen ocultos bajo la media tinta de sus sensaciones, sospechando la voluptuosidad de la hora estancada, prolongadora de sus lasitudes.

Los gabinetes se abren intermitentemente, desalojando parejas envueltas en la última vaguedad del abrazo que las ha hecho imprescindibles.

Los meseros recogen, con los cepillos de mesa, las migas pulverizadas de impaciencia, las servilletas manchadas de flirt y las frases incongruentes, interseccionadas de sonrisas.

2

Cuando se acercan los dos parroquianos, la puerta se abre sigilosamente, como atendida por el mejor de los camareros. El camarero invisible, silencioso, sin impertinencias, sin atenciones exageradas. Que no arguye ningún argumento orillando a los clientes a ocupar un gabinete determinado o a decidirse por cualquier menú, precisamente por aquel que jamás hubieran escogido.

Al afrontar el postigo, uno de los parroquianos —no se sabe cuál de los dos— adelanta el pie izquierdo, retrocediéndolo inmediatamente con el sentido mecánico de una equivocación subconsciente, cerciorándose de que no es con ese pie con el que debe entrar.

Se le ve ensayar 2, 3 veces, la intención de abordar la puerta del Café, tal si se aferrara a la creencia de que se tropezará, se quedará prendido, atrapado de las argucias de esas portezuelas de golpe, que son los peores cancerberos.

En todo él hay cierta incongruencia de la locomoción, cierta aberración física a ejecutar determinados movimientos que lo enredan y lo amarran, secuestrándolo de todas las distancias.

En la más insignificante de sus actitudes se observa la misma rectificante simultaneidad, la misma insistencia de combinar un movimiento con otro, como si estuviesen ligados entre sí y no hallara la manera de discernirlos. Parece que siempre está resolviendo las claves de su mecanismo.

Antes de instalarse en un ángulo emotivo, se tropieza consigo mismo y con las miradas de los circunstantes, como si todo contribuyera a desequilibrarle, a impedirle la desenvoltura de sus actitudes.

Al hablar se acomoda en un sitio imaginal, estricto, impres-

cindible, atornillándose al momento expresivo, con la seguridad de que si se colocara en un lugar equivocado, no podría articular una sola sílaba. Se asegura en las redecillas de la atención que lo circunscribe, previendo que alguna de sus frases lo hará ausentarse de la comprensividad, alejándolo, haciéndolo inencontrable.

Antes de pronunciar la primera palabra se ajusta el traje, se sujeta los botones en los ojales, convencido de que sin esos requisitos se le evadirán las ideas, no podrá encausar sus pensamientos, ni controlar su dinamismo que lo mantiene propulsor, como si lo estuviesen agitando continuamente.

El otro parroquiano está siempre como acabado de caer, con la vaguedad de la línea perpendicular que no ha podido todavía estabilizarse en el punto final de su trayectoria, ladeado sobre sí mismo, como si el destino no lo hubiera balanceado bien.

Tiene el aspecto del traje olvidado en los percheros. La misma flacidez, la misma arrugada indolencia, las mismas características de los trajes colgados, lo animan y lo cuelgan en el perchero de la vida.

Camina con un aire de no haber tocado nunca el suelo y con la ansiedad de querer tocarlo, sentirlo, palparlo y como si de tanto estar suspendido en los tendederos sentimentales, se le hubiese encogido la indumentaria ideológica, lo mismo que a esos trajes que se les deja secar sin colocarles un contrapeso que los mantenga de tamaño natural.

Se sienta en el rincón del Café como en la butaca de favor. La butaca que puede ser reclamada, despojada por cualquiera.

Cuando entra un nuevo parroquiano teme que quiera ocupar, precisamente, ese rincón que le ha deparado la vida.

Está siempre impasible, inquieto, con la preocupación de no esperar a nadie, con la despreocupación de que de un momento a otro, surja el espectador retrasado y reclame ese lugar anónimo, innumerable.

3

En el rincón de su gabinete, los dos parroquianos arrumbados sobre sí mismos, dejan pasar las horas.

La puerta de golpe se abre de vez en cuando, empujada por la resaca de transeúntes.

Es la primera vez que Mabelina entra a este Café.

Sus vivaces, sus perversátiles ojos, llenos de los holgorios de las tardes de verano, revolotean sobre los números de los gabinetes, buscando la cifra exacta, valuadora de sus ecuaciones sentimentales.

17 25 9 6 10 7 13

—Ocuparemos aquel que debe ser el más acogedor, el más íntimo, el más escondido —dice él— señalando el 18.

—No. Es un número insípido ese.

—Entonces el 15.

—Tampoco.

—¿El 13 que es el predilecto de los supersticiosos...?

—Está demasiado escogido y, sobre todo, muy lleno de predicciones. Aquel que tiene un poco borroso el número. Así no lo sabremos nunca...

—Aquél —dice ella— como queriéndose refugiar anticipadamente en su confidencialidad.

—Está ocupado.

—¿A esta hora? —pregunta Mabelina, sorprendida de que alguien haya tenido el mismo capricho.

—Precisamente, a esta hora en que no viene nadie, es cuando lo apartan esos dos parroquianos.

—Entonces volveremos más tarde.

—¿Por qué hemos de ocupar ese?

Mabelina se queda un momento mirando hacia el gabinete. Después, toma del brazo a su acompañante.

El mesero, absorto, desconcertado, los ve alejarse.

Al salir y trasponer los umbrales de la noche que va cayendo sobre la vagabundez de los transeúntes, con esa lentitud de los globos desinflados, se vuelven a ver, huraños, descompuestos, extrañados de caminar juntos, apoyando la reciprocidad de sus emociones y sus deseos frustrados, a lo largo de la avenida encrucijada de luces.

Las palabras se les quedan en los labios, inhumadas, como

si sus pensamientos se hubiesen interceptado de guiones, haciéndolos ininteligibles.

Ante su mirada entrecerrada, las calles se van extendiendo indefinidamente, como si sus pensamientos las fueran alargando.

Sus sombras confundidas y enlazadas se enredan en los ramajes de los árboles, esquemados sobre las aceras untadas de paisaje.

Indiferentes, desconfiados, inexplicables, recostados sobre la incongruencia y abstracción en que se han sumido, dejan caer en el agua de la fuente, sus palabras impronunciables que van dejando círculos de silencio.

Mabelina se yergue, súbitamente.

Él la sigue incomprensible, como sigue a todas las mujeres...

Al entrar, Mabelina que ha franqueado primero los umbrales de su decisión, se adelanta por entre los pasillos intrincados que han dejado los últimos parroquianos.

Se queda un momento suspensa, contrariada, anhelante, equívoca, con los ojos fijos en la difusidad del gabinete que hubiera querido ocupar, perdida en la oscuridad del Café que ha doblado sus perspectivas sobre un recogimiento incomprensible.

Llama 5, 6, 7, 8 veces sin percibir, ni siquiera el eco de su voz que se va quedando en los resquicios de silencio en que se han ido escudando los gabinetes, llenos de sospechas y restrecherismos, apáticos, indiferentes, ensimismados, tal si estuviesen rumiando las conversaciones de los clientes.

Contempla el agua de los espejos, encharcada de sombras, putrefacta de lavar tantas veces la coquetería de las mujeres que se asoman a sus confidencias con actitudes desparpajantes.

Sus mejillas se ruborizan levemente, se encienden, avergonzadas de sentirse reflejadas en aquel ambiente sórdido de gritos, de humaredas, de discusiones, de flirteos que ella esperaba se acrecentaran con el desgarbo de la noche que iba adentrándose tumultuosamente en su espíritu.

Asustada de verse entre el desamparo de los gabinetes desocupados, sola, desechada, engañada, levanta las pieles de su abrigo hasta confundirlas con sus cabellos, apretándose, ajustándose toda ella, cerciorándose de que, en realidad se recupera, después de haber disuelto sus pensamientos, sus mi-

radas, después de haber anquilosado sus coqueterías en la frialdad de aquel Café que le descubría la noche impenetrable, en la que se cuajaban todas las pesadumbres.

Se siente separada de todo, refundida entre esa incidencia, próxima a extinguirse en el rescoldo de incendio apagado en que se queda el Café. Presintiendo que la vida se había acabado, que vivía el paréntesis, el descanso de la vida, salió apresuradamente sin tropezarse con aquella mirada que la seguía a través de su incompresión.

4

A esa hora en que se encienden las luces de todos los gabinetes, los dos parroquianos abandonan el Café.

La puerta se abre, irregularmente. Manos bruscas, desconocedoras de su penuria ruidosa, empujan, atropellan su inmovilidad.

Los meseros, que de día parecen como muertos, se electrizan de pronto, agitando sus somnolencias.

Mabelina entra en el gabinete más cercano, más lejano a su vida.

Como en ninguno puede ser la que es, se indiferentiza, instalándose en cualquiera:

Balbucea lo que él la dijera aquella noche que se conocieron y sonríe, parentizando sus pensamientos con ese murmullo interior que se emulsiona después de la risa, enumerando los subterfugios en que escudaba disimulando su timidez, disfrazándola en una serie de frases y de situaciones que casi siempre lo hacían aparecer como un hombre despreocupado, insolente, intrépido y hasta cínico.

En realidad, lo que a Mabelina le había interesado, era esa manera con que él se excluía de la vida y se olvidaba de todos y de sí mismo, en las calles, en las conversaciones, en los bailes y en las antesalas, con un gesto de no querer inmiscuirse en ningún incidente, en ninguna labor tan complicada y tan molesta como la de hacer el amor a una mujer; en la que hay siempre una espectación y una ansiedad de que se realicen por ella, todos los heroísmos y todas las inverosimilitudes.

Mabelina, comprendiendo esa pereza de amar que se advertía en sus actitudes despectivas; se había acercado a su timidez, despojada de todos los obstáculos, desprendida de todas las vestiduras espirituales, como queriendo facilitar un pronto acercamiento, como queriendo tonificar esa especie de convalecencia en que vivía y de la que ninguna mujer lograra exhumarlo.

Lo había mirado con la última mirada, le sonreía con la última sonrisa, lo acariciaba con la última caricia. Le daba en el iniciamiento del continuo trato que llevaban, todo eso que las mujeres no dan, sino al final de una aventura. Sin embargo, él no desistía de su actitud arrinconada.

—Yo quiero estar contigo —la decía— detrás de los visillos de su sentimentalismo, como en los sueños.

Mabelina lo miraba sorprendida, incrédula, al principio. Después, escondiéndose en sus abstracciones; bajaba los ojos bajo el sopor del idealismo, entrecerrándolos, alejándolos de los pensamientos inversos y contradictorios que le humedecían las pupilas.

—Te encuentro en todas las encrucijadas sentimentales, situadas más allá de la irrealidad, todavía más lejos.

Ella sonreía, ocultando sus senos, amortajándolos, haciéndolos más pequeños, insignificantes, queriéndose adaptar al irrealismo de la mujer que evocaba.

—Quiero amar en ti eso que no tienes, eso que te falta, eso que te sobra, lo superfluo, para estar enamorado siempre.

Mabelina mientras escuchaba sus frases, sentía impulsos frenéticos de besarlo, de abrazarlo, de exaltarlo. Pero esa actitud indefensa en que él se colocaba en todos los instantes, la obligaba a permanecer quieta, miedosa, como en la silla eléctrica del amor, como en una clínica en la que le estuviesen probando los efectos y las variaciones de una especie de rayos ultravioleta que iban descomponiendo su espíritu y sujetando su cuerpo, transmigrándolo a todas las sombras, en las que se contemplaba y se abstraía, reconociendo sus movimientos desmesurados que iban tapizando el gabinete con las decoraciones de los sueños.

Se palpaba en los muros transparentada, distendida, desrealizada por la claridad de sus cerebraciones que la desbara-

justaban, la ahogaban de luz, tal si la trasladaran inusitadamente a uno de esos aparadores de artefactos eléctricos en los que todas las cosas se hinchan de luminosidad.

Se alejaban y se encontraban mutuamente en todas las dimensiones, como si a esa luz que los mantenía quietos la hubiese agitado, de pronto, algún viento extaño o la balanceara una idea intermitente. Se abrazaban con esos inconmensurables abrazos que hace la sombra de los abrazos proyectados, de los abrazos que no se dan, quebrados en todas las esquinas de la idealidad, electrocutados por todos los intersticios del gabinete apagado y encendido simultáneamente.

5

Saliendo del baile, habían tomado un coche. Como él conservara su equilibrio, Mabelina procuraba, también, conservarlo. No sabía si era el vino o las circunvalaciones del vals, pero ellos sentían que las sinuosidades del camino se les iban enredando en los ojos, a medida que el auto aceleraba su marcha.

No hablaban, sino con los residuos de las charlas interferentes que se tienen en los bailes.

—...como baila Ud. tan bien...

—No, pero me gusta mucho el baile...

—...eran la mejor pareja, Ud. y aquel muchacho a quien se le quedaba viendo tan ostensiblemente...

Ella sonrió, dudando y creyendo.

—Es Ud. la compañera ideal en el baile. No se deja llevar de su compañero, sino de los compases de la música.

Volvió a sonreír, confusa, satisfecha.

—Se mueve Ud. como si cada compás la asiera de un ritmo a otro, como si los hilos imperceptibles de la música distribuyeran sus movimientos y los manejaran.

—Bueno. Pero ya nos tratábamos de tú...

—Eso es. Te mueves imantada por la música, atraída por la música. Pareces que presientes los huecos del vals, las evasivas del *fox*, las languidescencias de los *blues*. Te introduces por sus recodos y sales de ellos, al mismo tiempo que las notas. En el *charleston*, juegas a la comba de la música.

Cuando se baila contigo se tiene la sensación de que se es el juguete automático del trombón, del saxofón, del violín, etc. Los sonidos del violín te adelgazan y te hacen flexible, los del saxofón insuflan y prolongan tu cuerpo infinitesimal, los del trombón te alejan y te acercan, alternativamente, de los brazos de tu compañero.

Mabelina seguía sonriendo, sin saber qué decir, confundida y absorta en las apreciaciones, sin poderse adaptar a los modales del acompañante inesperado que se encontrara en el baile.

—¿Ya es muy tarde o muy temprano?

—Es muy tarde o muy temprano, según...

—¿A dónde vamos? Acuérdate que no puedo llegar tarde.

—A un hotel. En los hoteles siempre es temprano.

—Entonces, mejor al Café de Nadie. ¿Lo conoces?

—No.

—Es encantador. Nunca hay nadie. Nadie lo espía a uno, ni lo molesta.

—Al Café de Nadie, ¿eh?

—¿A dónde?

—¡Ah! Es verdad... Yo le digo. A la derecha.

El coche cambió de dirección. Los árboles, despertados violentamente por la carrera del auto, se iban tropezando a lo largo de la rápida perspectiva.

Comprendiendo que él no se atrevía a iniciar la conversación, Mabelina acercándose, le dijo, casi en la boca:

—Seremos dos buenos amigos.

—A la izquierda, luego a la derecha.

—¿Verdad?

—Indudablemente. No sé a qué viene esa aclaración.

—Por esa manera con que me miras...

—A la derecha, luego a la derecha. Se para frente a esa puerta del letrero luminoso.

A esas horas, el Café como que se escondía, como que se hacía más inencontrable, más confuso, perdiéndose en la insondable avenida desorbitada de incandescencia.

—El que Ud. quiera —dijo él al camarero—, siendo confortable.

—¿Un reservado para los dos?

—¿Por qué no...?

—No. Imposible.

—Somos dos buenos amigos.

—Sin embargo, tomaremos uno para cada uno. Es lo correcto.

—El 25.

—Bueno. Uno para los dos. Pero acuérdate que soy una señorita.

6

—Oiga —dice al maestro, el hombre que acompaña esta vez a Mabelina— haga desalojar a todos del Café. Aquí no hay más parroquiano que yo.

—Señor, cómo quiere Ud. que...

—No me importa. ¡El dueño!... ¡El dueño!

—El dueño...El dueño.

—He dicho: ¡el dueño!

El mesero se retira medroso y presuroso, en busca de alguien que le informe quién es el dueño de este día del Café.

Al regresar al gabinete se asoma por entre las cortinas, tímidamente, balbuceando una lista de excusas.

—En este momento no está.

—Ha salido.

—Cuando regrese.

—Es imposible...

—No está ocupado más que el gabinete del fondo. Pero es como si no lo estuviera. Esos dos parroquianos no hablan, no discuten, no se mueven. Son inservibles. No piden nada. No conocen a nadie. Nadie los conoce.

El hombre irrupto vuelve los ojos hacia el gabinete. No distingue sino las siluetas de dos parroquianos, inmobles, impasibles, pirografiados sobre la media luz que los circunda y los deteriora.

Se queda mirándolos como si no los viera, como si no lograra delimitar sus actitudes inconclusas, como las de los frisos, próximos a abandonar, a entrar al Café, apenas agitados por los movimientos inusitados de las cortinas que alargan o encogen sus sombras.

Mabelina se frota los ojos suavemente, como para disolver sus miradas que se han quedado fijas también, fascinadas por la inmovilidad en que permanecen los dos parroquianos, cobijados de mutismo.

Despojando sus ojos de esa ceniza que le dejara el insomnio en los olvidos sentimentales, descotando sus miradas, sus pensamientos, sus sensaciones entornadas por la última mano que la acariciara con una displicente intención de dejarla hermetizada, clausurada, se va desprendiendo del embozo que cubre sus encantos.

—Mira mis piernas para que no te dejes engañar por las de otras mujeres, pruébalas.

Él las besa. Las va palpando, apretando...

—Estúpido.

—Pero si eres una puta.

Las palabras se les quedan, las unas en las otras, trenzadas, confusas.

7

—¿Eres tú...?

—Casi.

—¿Cómo casi?

—En este momento estoy escribiendo un artículo en el que no hay sino una tercera parte de mis conceptos, de mis ideas. Un artículo que desvía esa trayectoria reincidente de mi manera de ser. Después de escribirlo no sé si, en realidad, sea el mismo de ayer. Soy un individuo que se está renovando siempre. Un individuo al que no podrás estabilizar nunca. Un individuo al que engañarás diariamente conmigo mismo por esa mutabilidad en que vivo.

Cada día besas en mí a un hombre diferente. Un hombre que es uno por la noche y otro con el alba. Canjeas hoy, como canjeaste ayer, como canjearás mañana, a este hombre diverso que parezco hoy, por aquel único que seré después y así, simultáneamente.

En cada noche hay en mí un hombre destruido, un hombre arruinado, un hombre desfalcado, despilfarrado por la coti-

dianidad. Un hombre nuevo. Por eso, a pesar de tus promesas, no me serás fiel jamás.

—Tú siempre con tus cosas.

—No son cosas. Es la verdad.

—No hagas frases. ¿No quieres mejor besarme?

—Admirable.

Mabelina se convenció, recordando sus charlas con aquel periodista, de que era, en efecto, el único que podía acompañarla desde que se asomara por los subterfugios de la aventura.

Cuando salieron, ya en el coche, él la preguntó:

—¿Por qué has vuelto a pensar en mí?

—Sabes muy bien que eres, entre todos tus compañeros, el predilecto. Los demás son muy indiscretos, muy esculcadores y sobre todo, muy impertinentes. No se les puede decir una frase sin que le busquen, inmediatamente, un sentido transversal. Tú, en cambio, procuras evadirte de lo que se te dice y se te consulta, procuras aligerarlo todo, despistarlo todo, componerlo todo, aunque después lo embrolles y lo descompongas.

—¿Ya no eres amiga de Androsio?

—Me alejé de su amistad por incomprensivo, por equivocado. Una noche fuimos a cenar juntos, luego al teatro, al cabaret. Durante ese tiempo fue preparando sus confidencias, sus deseos y, cuando yo ya me lo esperaba, comenzó a elogiar mi manera de vestir. Con una actitud de modisto o de aparadorista que ha confeccionado la mejor pose de la moda, desató y ató de nuevo el listón que sujetara mis zapatillas, exaltando sucesivamente el color de mis medias, cerciorándose de su calidad. Acariciando mis piernas, me preguntó si usaba las ligas de última moda, con estuche de radio o con el retrato de alguien.

Fue subiendo y aventurando sus caricias subrepticiamente, estremeciéndome, asfixiándome, como si de pronto me hubiesen soltado el duchazo de la voluptuosidad.

Sus caricias eran, en realidad, aquellas que he preferido siempre. Las que más emociones y sensaciones causan. Las que la hacen a una tenderse, arrebujarse, estrujase toda, exhausta. Pero al final quería que fuéramos esos pasajeros hipotéticos de los hoteles que regresan de cualquier ciudad, en un tren

que no llega nunca, esos pasajeros que no son, sino los turistas del amor.

Tú siempre te quedas en las iniciaciones, en el prólogo, en lo que prefiero. Por eso me tendrás y te tendré en la perennidad de lo improbable.

8

Mabelina sentía en los labios el escozor de sus besos. Seguramente él la había visto entrar a este Café y por eso la invitaba.

Apenas si lo conociera. Sin embargo, se acercaba a sus presentimientos, arrinconándose en ese hueco íntimo que le deparaba su jovialidad y sus maneras desenvueltas de hombre acostumbrado a enredarse y desenredarse en las miradas femeninas.

Adivinando una insistencia de entreverla, de descubrirla, de desvestirla, levantaba los brazos con languidez, dejando que sus ojos se aventuraran por los resquicios de su traje.

Presentía sus caricias, las sentía, como una enredadera, ramificándose por todo su cuerpo.

—Nunca creí que te fijaras en mí.

—Yo me fijo en todas las mujeres...

—Como yo, en todos los hombres...

—Pero en todas las mujeres como tú...

Se habían ido acercando, poco a poco, encerrándose en el biombo de sus sonrisas, de sus miradas, hundiéndose en la barahúnda de sus emociones.

Mabelina entrecerraba los ojos como para iniciar esa oscuridad que necesitaban, doblegándose sobre la sorpresa de sus brazos.

Ya en el diván, se fueron llenando de confidencias.

—Te veía mucho, pero tú jamás escuchaste mis deferencias.

—Es que siempre ibas del brazo de cualquiera, al margen de todos.

—Parecías impasible.

—Por mi sensualismo que es puramente intelectual. Las mujeres no me interesan, sino a través de las que hojeo en los magazines. La ropa interior me inquieta más en un magazín que en una mujer.

—¿Entonces yo...?

—Me sorprendes, me entusiasmas, me interesas porque tus piernas son como tomadas de las de esas mujeres que anuncian las medias *Holeproof* y tus senos tienen la misma luminosidad, la misma incandescencia de las lámparas que adornan las grandes salas y parecen hechos del *ice-cream* de la voluptuosidad. Y porque...

—Porque tienes en todos los instantes de tu vida —interrumpió Mabelina— un movimiento retardado para vivir las emociones...

Sus ojos iban apagando las últimas luces del gabinete. De cuando en cuando, se entreabrían pesadamente, despegándose del *Kohol* de sus miradas que la habían ensombrecido, renegrido.

De tarde en tarde, su cuerpo se vivificaba, recordándolo, sintiéndolo y seguía desperezándose con el eco de sus caricias.

9

Al entrar los dos parroquianos, la última frase idiota que se ha quedado flotando en la atmósfera enrarecida del Café, sale despavorida, cohibida, perseguida por los ventiladores intelectuales que lo van limpiando de los resabios de conversaciones.

Los meseros se dan cuenta de que en ese momento surge el alba del Café y empiezan a deshacer, a ordenar la catástrofe de la noche anterior.

Las sillas son desprendidas de sus actitudes pornográficas en que las han dejado los barrenderos, precisamente, después de haberle puesto el gabán al más arraigado cliente, acaso para no dejar que se vaya acumulando en los gabinetes, el lastre inevitable con que anclan los visitantes esporádicos.

Entre todas las sillas hay siempre unas que no quieren desprenderse la una de la otra, que no quieren desistir de su posesión descarada, que se abrazan fuertemente, impidiendo que se les coloque en el lugar estricto, aquel que ocupará el parroquiano consuetudinario.

Los meseros luchan con ellas, como las madrotas con las

pupilas que se resisten a abandonar los brazos de ese hombre que no toma nada, que no mira a ninguna de las otras mujeres, que no compra, en esa casa, ni siquiera los cigarrillos y que sin embargo, se le ve todas las noches, como un misionero.

Los meseros huyen de aquellas sillas y se dicen recíprocamente:

—Desacomódalas tú.

—Desacomódalas tú.

—Desacomódalas tú.

Hasta que el más reciente, el más encogido —el mesero de los meseros— se acerca buscando el momento estratégico en que estén desprevenidas, para separarlas de la insolencia con que se aferran a su actitud de mujeres viciosas, hiperestésicas, histéricas, atacadas de los peores males.

Las mesas se despistan con nuevos manteles.

Las ventanas se escudan de las curiosidades callejeras con la rigidez de unos visillos limpios.

A todas las cosas se les sacude, se les despoja de los residuos de las noches pasadas para que los parroquianos noveles se sientan satisfechos de haber inaugurado el Café.

En el menú de ayer se escribe:

MENÚ
de hoy
Sopa de ostiones
Huevos al gusto
Asado de ternera
Chilacayotitos en pepián
Ensalada
Frijoles al gusto
Dulce
Té o café

Después de despabilar el ambiente de todos los gabinetes, menos el de aquél que ocupan sistemáticamente los dos parroquianos, los meseros se retiran a los ángulos de la espera, resolviendo los problemas de las propinas.

—Somos los únicos habitantes del mundo. Todo desapare-

ce, todo se muere en este rincón. Somos los supervivientes de la catástrofe diaria.

—Nuestro Café sería ideal si pudiésemos trasladar a esta perspectiva la plaza Ajusco, en la que la primavera está siempre amarrada a sus postes telegráficos.

—En aquella mujer que se nos queda mirando he encontrado un 50 por ciento de la verdadera mujer que buscamos, que estamos haciendo en nuestras continuas charlas. Tan como ninguna.

—Un día, el día del año bisiesto del calendario sentimental nos sorprenderemos de verla, de oírla, transitando por los pasillos de la introspección, hablando con las palabras que desperdiciamos, que se nos caen, distraídamente, que se nos escabullen.

—En una está parte de esa mujer y en otra la otra. Tenemos que presentarlas, ensamblarlas, aunarlas, confundirlas, acostumbrarlas a que vivan una sola vida, con las mismas emociones, con los mismos gustos. Después de la amistad preliminar se irán haciendo una, poco a poco. Esa que será la nuestra.

Hemos inaugurado, hemos puesto de moda a todas las mujeres...

—Las mujeres no son más que unos aparatos sensuales, ideológicos, espirituales, sentimentales. Se les puede llenar como a los acumuladores, de cualquier fuerza, de cualquier tensión.

—Tocándoles esa especie de timbres que son sus senos, se despiertan en ellas una serie de personalidades que acuden con el desconcierto de los sirvientes de los hoteles, sin saber si el número encendido en el cuadro de llamadas es el suyo.

—En las mujeres que frecuentan este Café es imposible hallarla. Sus senos suenan como los timbres de los relojes despertadores, impertinentemente.

—Somos ya, casi los dueños del Café. De un momento a otro nos dirán: Bueno. Les parece que cerremos. Están de acuerdo en que se pinten y se decoren de nuevo los gabinetes. Este mes nos han recargado demasiado las contribuciones, etc., etc., etc.

—Es que somos los únicos que comprendemos, que apreciamos su inmovilidad y su alejamiento.

10

Germán List Arzubide, Marco-Aurelio Galindo, Carlos Noriega Hope, Fernando Bolaños Cacho, Oscar Leblanc, Ortega, Fernando Sosa, Otilio Gutiérrez Muñoz, Ernesto García Cabral, Júbilo, José Moreno Ruffo, Humberto Ruiz Sandoval, Manuel Horta, Andrés Audiffred, Jorge S. Duart, Francisco Zamora, Fígaro, Salvador Gallardo, Germán List Arzubide, Rafael López, Jesús M. González, Santiago R. de la Vega, José Palacios, Samuel Ruiz Cabañas, José D. Frías, Gregorio López y Fuentes, Xavier Sorondo, José Corral Rigan, Francisco Dávalos, Silvestre Paradox, Carlos Samayoa Aguilar, Miguel Ángel Asturias, David Vela, Francisco González Guerrero, Luis Tornel Olvera, Juan de Dios Bojórquez, Francisco Monterde García Icazbalceta, Lázaro y Carlos Lozano García, Rafael Muñoz, Ramón Gómez de la Serna, Luis Amendolla, Francisco Borja Bolado, Kyn-Taniya, Joaquín Carranza, Rafael Vera de Córdova, Luis Marín Loya, Miguel Aguillón Guzmán, Ramón Alba de la Canal, Leopoldo Méndez, Germán List Arzubide, etc., etc., etc.

Mabelina leía y releía esa gran lista y hasta hizo esa salvedad de los cronistas sociales: Y otros que no me fue posible anotarlos, por cómo se iban fugando de la suntuosa noche de fiesta que ha sido mi vida.

Recordando unos, olvidando otros, se esfumaban unos sobre otros, yuxtaponiéndose, formando un nombre impronunciable, indescifrable. El nombre de ese hombre que llegara a ser nadie, de tan ecléctico. El hombre ruso o alemán que fue prolongando el suyo hasta convertirlo en una cadena ecuatorial.

Deletreando las emociones que se quedaran en esa larga lista de comensales que habían asistido a la convivialidad de su vida, iba perdiendo la noción de ella misma.

Se miraba en el espejo, queriendo encontrar en el azogue de los recuerdos, los rasgos que perdiera asomándose a la galería de espejos de la vida.

En todos aquellos instantes dejaba algo de ella. Su sonrisa se había ido ennegreciendo, sus miradas perdidas en las demás miradas ya no eran las mismas que se colgaran de los

flirteos, de un extremo a otro de las mesas de los cafés que frecuentara.

Con cada uno de ellos se había sentido una mujer diferente, según su psicología, sus maneras, sus gustos, sus pasiones y ahora apenas si era un *sketch* de sí misma. Le parecía que la habían falsificado, que la habían moldeado, simultáneamente, los brazos de sus aventuras.

La habían ido arrancando una mirada, un beso, una sonrisa, una caricia hasta dejarla exhausta, extinguida, lánguida, derrotada, destartalada, insomne.

De tanto sentir se encontraba insensible. Las voces se le confundían. De sufrir tantos sentimientos vulgares se volvía extraña, adusta.

Después de ser todas las mujeres ya no era nadie. Acaso por esa inconsistencia se encontraba agradablemente en el rincón de este Café, sin nadie, con nadie, como nadie, expuesta a que la tomaran, la canjearan por cualquiera de las mujeres que nadie toma.

Se quedaba, como al principio de su vida, analfabeta de emociones y sensaciones.

Toda ella se había quedado colgada en los guardarropas de los cabarets, hasta con la actitud que le dejaran los *grooms* al colocarla en los intermedios de la noche.

Le era imposible recuperar esa serie de personalidades que hicieron su personalidad.

Los hombres la tomaban equivocadamente, como se toma un abrigo en la incongruencia de una noche de fiesta.

Quería reconstruirse con esas milésimas partes de mujer que dejara en todos los hombres, sin que ellos las canjearan por esa milésima parte de hombre que buscaba.

Se sentía la mujer vaciada, bebida a pequeños sorbos sentimentales.

Había momentos en que se trasplantaba a todos los gabinetes, enraizada en las conversaciones, riendo las frases de los parroquianos, pensando con sus pensamientos.

Se ponía *rouge* para revivir en sus labios el matiz de las caricias prodigadas y *rimmel* en las pestañas para cobijarse en las sombras de sus ensueños.

Se maquillaba con el recuerdo de las caricias como para recobrar sus caracteres fisonómicos.

Apagaba y encendía sus pensamientos con la intención de sorprender en ella ese momento de lucidez y de convalecencia del alba, en el que se pueden reconstruir todas las cosas. Pero no percibía ninguna transfusión luminosa.

Se iba apagando, perdiendo, envolviendo en la difusidad de una especie de insomnio en que vivía.

MABELINA Mabelina Mabelina

Mabelina Mabelina

Ella seguía escribiendo su nombre sobre la mesa del gabinete, alargando, arrastrando, inconscientemente los caracteres, hasta hacerlos ilegibles.

Las letras se iban extendiendo, horizontalizando, estiradas por el estilógrafo de su pensamiento.

De oírlo tantas veces, de repetirlo, le sonaba a otro nombre. Perdía el sentido de lo que podría significar y tergiversaba su pronunciación.

Lo escribía con la misma vaguedad con que se escribe el nombre de una persona ausente.

Los caracteres, apretados, ligados, se iban tendiendo más y más hasta confundirse con ese horizonte en que se tendían sus rememoraciones.

Relujando sus miradas, se asomaba a cada momento por entre las cortinas del gabinete en espera de su última aventura. La que iba a rehacer o a destruir su vida.

—Hay que gastar, que despilfarrar la vida —se decía— para defraudar a la muerte. Para malversarle sus propósitos. Que nos encuentre exhaustos, muertos, inútiles, inservibles. Que no se lleve de nosotros sino los residuos, lo que no pudimos utilizar, por inutilizable, por desechable.

Sin embargo, pensando esas cosas, sus ojos ensayaban sus mejores miradas, queriendo iluminar los instantes que le quedaran, queriendo comprobar las perspectivas inalcanzables.

No se podía convencer de que sus miradas ya no eran las mismas de entonces, de que habían perdido su acuosidad, de que

estaban como desmercurializadas, disecadas, filatelizadas, de tanto reflejar los pronósticos de sus sentimientos.

Reía, sonreía y su risa le sonaba a todas las risas. Al escuchar la alegría que se desbordara en los demás gabinetes, iba experimentando una serie de mutabilidades, se iba sintiendo un prolongamiento de cada una de ellas y reía con sus risas, imitando el tono y el efectismo de sus risas.

Recorriendo el gabinete de un extremo a otro de sus recuerdos, se desconcertaba de su manera de andar. Aquella cadencia que estatizara el asombro en las calles y en los bailes, no tenía el movimiento oscilante de los cortinajes agitados, sustraídamente, por los compases de la música.

Sí. Ésta era su voz, pero parecía interceptada por la estática de todas las voces.

En su imaginación guardaba sus actitudes coleccionadas como los trajes de los museos, distinguiéndolos con la etiqueta correspondiente que le fueran colocando los ujieres espirituales de su *boudoir*.

Apoyó 5, 6, 7, 8 veces su ansiedad en el botón eléctrico queriendo llamar a la realidad.

El timbre sonaba, cada vez más lejano, tal si las distancias huyeran y se intrincaran en los cuatro puntos cardinales de lo inalcanzable.

Cerrando cuidadosamente su bolsa de mano, como si quisiera olvidar en ella sus pensamientos, abandonó el gabinete.

Al atravesar los pasillos del Café laberinteados de silencio, volvió sus ojos hacia todas las remembranzas con un gesto de haber dejado arrinconado algo de sí misma en los rincones ensombrecidos, murientes, y de ir a recuperarlo.

La única luz que seguía sosteniendo la vida del Café era la del reservado que ocuparan sistemáticamente los dos parroquianos. Al divisarla, Mabelina se queda un momento indecisa. Después, rectificándose, empuja la puerta del Café hacia el alba que va levantando el panorama de la ciudad.

UN CRIMEN PROVISIONAL



A Germán List Arzubide

1

—¿En qué posición estaba el cadáver cuando usted penetró en el aposento?

—No, señor, yo soy inocente...

—¿Por qué no dio usted aviso inmediato del crimen?

—El señor me dijo que no estaba para nadie...

—¿Desde cuándo conoce usted al interfecto?

—Ayer mismo entré a prestar mis servicios...

El detective hacía estas investigaciones arqueando la ceja derecha como un anzuelo psicológico, y lo hundía en la mirada sumisa de su interlocutor, queriendo desmantelar la sombra del crimen.

—¿Cuántos años lleva usted de servir en esta casa? —preguntó de nuevo el detective al sirviente próximo.

Un silencio prolongado y sospechoso, embrujó el ambiente infestado de preguntas suspicaces y de evasivas comprometedoras, envolviendo a los circunstantes en un capuchón impenetrable de elucubraciones...

—¿Cuántos años lleva usted de servir en esta casa? —interrogó con más entereza el detective.

El sirviente, como si le hubiesen pinchado el timbre de alarma o el botón de su mecanismo, entregó, sin pronunciar una sola palabra, esta tarjeta:

DR. FRANÇOIS BUCHON
de la Facultad de París

—¿Esto qué significa y qué aclara? —inquirió violento el detective.

El sirviente persistía en su actitud idéntica, contemplándolo con una mirada ausente.

—Conteste usted, explíquese...

El ujier interrogado con anterioridad balbuceó unas cuantas sílabas, ininteligibles por la brusca interrupción del detec-

tive que, llevándose a los labios el bastón complicado como una varita mágica, le imponía callar.

—¡Conteste usted. Explíquese. O se le considerará culpable! —insistió el detective, queriendo remover con el remolino de sus interrogaciones, los pensamientos de aquel hombre petrificado de ignorancia, sostenido, únicamente por la "plomada" de la estupefacción, que lo hacía conservar un equilibrio infinito...

—El ujier es... —observó de nuevo el otro sirviente.

—¡Cállese! ¿Por qué no habló cuando fue interrogado? —volvió a objetar el detective—. En estos momentos no se le pregunta nada.

Y dirigiéndose al sirviente que permanecía impasible:

—Su manera de proceder lo perjudica. ¡Hable!

El ujier, con una solemnidad de las noches de recepción, entregó una segunda tarjeta:

FERDINAND ROSSNERBACH
Ingeniero de minas

La situación se iba haciendo insoportable. Frenético el detective, casi ahogándose y tambaleándose de sinrazón, salvó la distancia hasta encararse con su interlocutor y, con un ademán decidido, desde la encrucijada de las sospechas, colocó el revólver en la sien del ujier amenazándole estentóreamente.

—¡Declare usted...! ¡O disparo!...

El sirviente, untado del *make-up* de la sorpresa y del miedo, en esos instantes llenos de incongruencia, de los que no veía la manera de salir, con una temblorosa decisión, entregó la tercera tarjeta:

ARCADY KOPEIKEVITCH KALKACHOV
Embajador

Y rectificando la fisonomía del detective, temiendo haberse equivocado de tarjeta, examinó detenidamente la mirada "eclatante" de su amenazador, lo comparó con la fotografía mental que le habían grabado las instrucciones de su amo y, con un gesto adivinatorio, decidió canjearla por esta otra:

Conservando la impresión de haber encontrado, al fin, después de tantos ensayos, al verdadero individuo que esperaba.

—¡Prendedlo! —ordenó el detective, guardándose el revólver. Y disponiéndose a practicar un reconocimiento minucioso, abrió los cajones del escritorio americano, logrando descubrir los resortes secretos que lo escudaban de la curiosidad doméstica. Cartas en inglés, en francés, en italiano, en alemán, en checoeslovaco, en ruso, en persa, etc. Retratos de artistas dedicados confidencialmente... Claves telegráficas, guías de ferrocarriles trascontinentales, papel timbrado con iniciales diferentes... Pero nada que orientara las investigaciones por un camino seguro.

2

Sobre el diván, la muerta tenía el aspecto y las características de los accidentes provocados por la subconstancia...

Ninguna violencia, ninguna presión la había hecho reclinarse al borde de las vicisitudes. En los pliegues de su traje, se transparentaba una actitud conforme y hasta cierto coincidente desparpajo, tal si se hubiese puesto de acuerdo para finalizar el crimen.

Parecía que la muerta había sido afocada en una pose escogida por ella misma...

Todas las apariencias de un crimen se perdían ante la posición en que quedara el cadáver después de la presunta tragedia que reconstruía su inmovilidad.

Los labios, con el último *rouge* de la coquetería, se entreabrían, subrayando las frases qué indudablemente, obligaron al criminal a tomar una determinación radical y despistadora.

El crimen se cometió sin premeditación, sin alevosía y sin ventaja... Era un crimen hipotético...

Las manos se quedaron orientadas hacia los puntos cardinales de los acontecimientos, como las aspas de un molino, marcando la dirección del viento infausto que las desgonzara...

El cadáver esmaltado de una vividez epidérmica, tal si hubiese sufrido solamente un cambio atmosférico, retenía y se aferraba a la tranquilidad en que la sorprendió el criminal. Las facciones se esfumaron un poco y, sin embargo, persistía una belleza inconsútil e incomparable. Su semblante daba la sensación de que, en el momento instantáneo de la muerte, se insufló de los atractivos que la hicieron encantadora.

Se quedó olvidada en aquella actitud con la que conquistara más miradas... En una pose de la muerte... Por esa irrealidad, los médicos legistas que practicaron el reconocimiento, se consideraron incompetentes para rendir un informe satisfactorio y dilucidante. Habían fracasado en sus observaciones científicas y confesaban su incompetencia, analizando las causas que produjeron una muerte semejante, tan llena de las clarividades de la vida. Sin duda, era una muerte de salón...

La frialdad y la rigidez de la suave languidescencia con que se recostó sobre su desgracia premeditada, eran las únicas pruebas del crimen.

Al principio, los médicos creyeron en un intoxicamiento involuntario, de esos que se registran frecuentemente en las reuniones elegantes, en las citas furtivas o en las expansiones de los sentidos...

La complicidad de esta mujer en el asesinato era innegable, por la apariencia que tenía de haber muerto en un flirt del suicidio...

Presentaba matices de una muerte de ensueño, de una envenenada de emociones... Su letargo era el mismo de las mujeres que se desmayan en los recodos de las pesadillas...

Una muerte etérea, provocada por un descuido agradable e incomprensible, la cubría, tal si hubiesen tendido sobre ella un velo de condescendencia.

Todo se embrollaba y todo se iba haciendo inexplicable. Los médicos no encontraron y no reconocieron sino la huella de una caricia sutil que había contuccionado la gracia de su cuerpo y sacudido la alegría de su sonrisa...

3

—Este crimen —dijo el detective—, no está en el catálogo de mis observaciones. Parece que fue cometido por un hipnotista o por un prestidigitador. Acaso éste sea el mismo de las tarjetas...

El revólver indudablemente lo disparó una mano espiritualista. La actitud de la asesinada es idéntica a la de esas mujeres que duermen en los escenarios en un acto de ilusionismo...

El arma que le quitó la vida no es un arma cualquiera... Parece que una corriente eléctrica la hubiese desencajado...

Un revólver eléctrico de esos de última invención...

El asesino es, seguramente, un inventor...

La tragedia ocurrió en un salón que no es éste...

La víctima fue trasladada al diván, después de haberse cometido el crimen, de otra manera no se explica que haya quedado recostada tan delicadamente...

El cadáver da la sensación de que ha sido colocado por una mano cuidadosa y amiga, una mano perspicaz y conocedora de los encantos femeninos... Entonces el asesino no es el de las tarjetas...

La única violencia observable es la de sus piernas que tienen una actitud mecánica, como si las hubieran cruzado después de la refrigeración de la muerte...

Tras esas reflexiones, el detective se quedó un momento pensativo, contemplando sagazmente el decorado oriental de la alfombra, la pesadumbre del mobiliario, los cortinajes suntuosos de la habitación, queriendo percibir el rumor de los pasos del criminal y buscando el botón del *chaque* que siempre se queda sobre un edredón, como un punto muerto de las pesquisas...

Ninguna mancha de sangre. Ningún indicio de luchas. Ninguna puerta forzada. Los picaportes funcionaban estrictamente, aceitados por la probable pasividad que había reinado siempre en esa casa, tal vez hasta en los momentos precisos del crimen.

Todo parecía increíble en este asesinato lleno de erratas que desconcertaban las meditaciones del detective.

Empezó a recorrer lentamente las habitaciones, detenién-

dose, de cuando en cuando, en los ángulos que iban haciendo sus pensamientos en el convergentismo de las investigaciones.

Descorrió las persianas y los visillos de los ventanales. Una claridad exacerbante tapizo las paredes del salon circunspecto.

Apagó sus pensamientos aguzando los oídos, cerrando los ojos como para reconstruir mejor las escenas que se sucedieran tras las bambalinas improvisadas de los cortinajes, queriendo escuchar el eco de las frases comprometedoras que, a veces, se quedan enredadas en las resonancias de las habitaciones asfixiantes de soledad...

Encendió su linterna sorda para seguir, entre tanta despistadora claridad, paso a paso, los movimientos del asesino, estampados en la alfombra, y fue marcando, personalmente, la trayectoria de las pisadas criminales...

4

El gesto hosco del detective, cambió instantáneamente. Se aclararon sus pensamientos y se entreabrió una maliciosa sonrisa en sus labios exhaustos de preguntas...

La escalinata rechinó bajo la cadencia de unas pisadas femeninas acompasadas y puntuales. En el reloj sonaron, alternativamente, con los pasos armónicos y alegres, 10 o 12 campanadas...

El ruido de unas puertas que se desperezaban como unos brazos después de grandes noches aletargadas, estatizó su mirada buceante.

El pestañeo del detective coincidió hacia un mismo punto y parecía que una idea persistente horadaba sus preocupaciones.

Manos acostumbradas a este ajetreo, trasegaban papeles. El plumero sacudía la pereza de las cosas...

El detective siguió con la imaginación los ruidos que se sucedieron simultáneamente, esperando escuchar un ruido falso, denunciador. Un indicio. Una revelación. Pero todo era matemático y natural. Todo indicaba que esos ruidos eran los ruidos de siempre, los ruidos que hacían la música diaria en aquella habitación.

Las pisadas cadenciosas volvieron a interrumpir la quietud molesta que lo aprisionaba. Iba y venía de un rincón a otro del silencio en que estaban sumidos todos.

Los pasos se fueron oyendo, cada vez más cercanos.

De cuando en cuando, llegaban hasta el umbral de la puerta, esa que esperaba se abriera bajo el impulso de unas manos comprometidas. Acaso éstas que alborotaran los papeles buscando la carta denunciadora, tal vez ya quemada en estos instantes...

Los pasos se acercaban y se presentía que, de un momento a otro, sonarían en medio de la espectación. Pero se alejaron temiendo pisar el lugar del crimen, despavoridos de encontrarse con algo inusitado.

Las miradas y los pensamientos del detective cambiaron de ruta. Se levantó del sillón en que meditaba y fue caminando, poco a poco, hacia la puerta en que se estacionaron los pasos...

La abrió de un golpe y su mirada acechadora desconcertó la de una mujer alta, morena, de grandes ojos selváticos, vestida de elegancias, con actitudes de haber vivido una tercera parte de su vida.

Se quedaron estáticos, contemplándose largos instantes, queriéndose descubrir el uno al otro, queriéndose explicar el repentino encuentro...

Ella sonrió ligera y fácil, con esa sonrisa que tienen las mujeres para cualquier aventura, para cualquier sorpresa...

El detective continuó diseccionándola, auscultándola y con una gran cortesía le tendió la mano...

Caminaron unos cuantos pasos y volvieron a verse casi camaradilmente.

—¿Qué hacía usted? ¿Qué buscaba usted, con tanta actividad? —preguntó el detective—, sonriendo con suspicacia.

—Quería cerciorarme de la habitación preferida por él, este día.

—¿Quién es él?

—Precisamente hoy, no sé cómo se llame. Ayer se presentó como François Buchon, médico de la Facultad de París... Otras veces se hace pasar por Ferdinand Rossnerbach, ingeniero de minas, y otras, por Richard Baxter, abogado y notario... ¿Es usted el negociante que tenía que verlo?...

—¿Negociante?...¿Negociante?...¡No!...

—¿Entonces, por qué me tomó usted del brazo como si ya estuviésemos presentados?

—Por intuición y porque es usted la mujer que esperaba.

Ella sonrió. Sus cabellos sedosos de caricias, se alborotaron con los movimientos de su cabeza ladeada hacía el almohadón de la coquetería... Y con un gesto insinuante, preguntó:

—¿Yo la mujer... que usted...? —Y, sin poderse contener desgajó una carcajada afirmativa y dudosa.

—Sí, usted es la mujer que esperaba. No se asombre. Confiese usted lo que sabe.

—Es un hombre muy raro... Me paga un sueldo inmerecido, únicamente porque atienda con gracia a los que lo visitan... Y por copiar en varios idiomas, cartas que no sé a dónde van...

Unas veces es un hombre distinguido, elegante, guapo, que mira a través de su monóculo con una mirada insostenible y conquistadora... Otras, es un individuo cualquiera, despreocupado, con lentes gruesos como de sabio... con barba descuidada y cabellera canosa... Otras, un hombre de salón, frívolo y atractivo, rasurado completamente y peinado con *stacomb*... Hay semanas que no sale de su recibidor particular y otras que no se le ve ni un momento. Llega siempre en un coche de marca diferente.

En el salón oscuro recibe a una dama lánguida y en el salón que nunca he podido ver, a una de ojeras violáceas. Lo busca mucha gente. Sobre todo mujeres. Su vida es un misterio. Yo no sé, hasta ahora, por qué entran y salen tantas personas de esta casa. Unas vuelven. A otras ni siquiera se les recuerda...

—¿Cómo entró usted a esta casa?...

—Leyendo un AVISO OPORTUNO... Ese que dice:

"Muchacha bonita, discreta, se necesita. —Despacho particular. —Buen sueldo. —Tel. 123-12."

Nos presentamos toda una colección y, entre las más prometedoras, yo fui la elegida...

—¿Conoce usted sus gustos femeninos?...

—Son muchos y desiguales... En su recibidor secreto, guarda una panoplia de miradas y de sonrisas...

Tiene predilección por las muertas... O por las que se mue-

ren y le dejan una sensación, una emoción última, incontinuable, "irrepresible", que no podrá obtener nadie, que no podrá saborear nadie... O por las que hacen como que se mueren y no vuelven a verlo nunca... Por aquellas que destruyen en él toda reminiscencia, lo vacían, lo renuevan y le reservan su mirada muriente y lánguida, su sonrisa quebradiza y su actitud postrera y congelada.

—¡Confiese usted quién cometió el asesinato! —interrumpió el detective, tomando violentamente los hombros de la muchacha y agitándola con brusquedad.

—¡Ah!... Entonces al fin se llevó a cabo el crimen.

5

—Él es incapaz de asesinar. Estoy segura que no es culpable... Sin embargo...

—Sin embargo... ¿qué?...

—Yo presencié los ensayos.

—¿Los ensayos? —preguntó desconcertado el detective.

—Hasta esta oficina en que nos encontramos llegó un ruido extraño, como de querer abrir una cerradura sigilosamente. Voces contradictorias discutían algo que no pude percibir por el tono tan en sordina con que se pronunciaban las palabras.

Hablaron en secreto, confidencialmente, casi con caricias... La dama con quien aclaraba ciertas cosas íntimas, tenía un aire indiferente. Se notaba en el matiz de las frases un afán de convencerla, de reanimarla...

Al principio las palabras que articulaban, apenas se oían, pero ya después se oían menos. Tuve la sensación de que se iban alejando por la perspectiva intrincada de las discusiones... Las hacía imperceptibles y las apagaba su carácter sereno y sistemático, que pone en todos los momentos una discreción absoluta.

—¿Cómo era la dama con quien él discutía?

—No me fue posible verla, sino a través del velo espeso que cubría su rostro. Ella, seguramente, desde antes, ya lo esperaba en la habitación... Él llegó solo, asombrado de la visita.

No supe quién recibió a la dama y no le di importancia a este incidente. En esta casa llena de irregularidades y amueblada de trucos, todo es posible...

—¿Qué personaje interpretó él durante esa escena?

—El más atractivo. El personaje conquistador e irresistible. Elegante, galante, displicente y distraído. Usaba actitudes de aventurero romántico. Un traje claro a grandes cuadros amarillos.

El humo de su cigarrillo ruso prolongaba el vaho cálido de sus frases.

—¿No observó ningún detalle de la dama?

—No, ninguno. Sólo una palabra que balbuceó con una voz descolorida.

—¿Con una voz descolorida?

—Sí. Con esa voz descolorida de las mujeres que han ido destiñendo sus conceptos en las discusiones aburridas. Tengo la seguridad que esa dama se teñía la voz... No era sincera al discutir. No se exaltaba. No cambiaba de tono. Siempre el mismo timbre ficticio...

—¿Qué palabra pronunció?

—No recuerdo. Más bien, no la puedo reconstruir. Me pareció de un idioma extraño y extravagante.

—¿Por el acento no puede precisarla?

—No. Porque tenía el acento de varios idiomas. Un poco de alemán, un poco de latín, de griego, de francés, de inglés, etc.

—¿Esperanto?...

—¿Qué?...

—Prosiga usted.

Pasaron breves instantes, tan inconmensurables como esos de los sueños. Escuché el hilo de una discusión que parecía dirigida a otra persona por la violencia con que se sucedían las argumentaciones.

—¿De qué color era su voz?

—Esa segunda persona, que supongo fue otra mujer, no articuló una sola sílaba. Escuchaba en silencio y resignada... Cesó repentinamente la discusión y él salió hacia este salón, en el que presencié lo más inverosímil.

Con un revólver en la mano, hacía lo posible por parecer exaltado. De pronto se enmascaró de un semblante asesi-

no... Caminó unos cuantos pasos. Retrocedió. Volvió al punto en que se situara antes... Contaba estrictamente los pasos, buscando la mejor orientación del crimen y ensayaba, con verdadero gesto teatral, el ataque y la actitud del asesino elegante.

Iba de un extemo a otro de la habitación, pronunciando en voz baja, palabras para voz alta y exasperante. Desistía de esta manera de asesinar y planeaba una nueva, la rechazaba, ideando otra, luego otra, luego otra...

Así pasó largo tiempo, hasta que, seguramente, descubrió la posición perfecta del criminal, encontrando la actitud certera.

Salió con aire de haber solucionado sus preocupaciones, atravesó el *hall*. Y en la habitación en que lo esperaba su víctima sonó un disparo...

6

—Es él —murmuró quedamente la muchacha—, despegándose de las manos y de las miradas excrutadoras del detective y desbandando sus pensamientos y sus emociones, mientras el presunto protagonista del crimen, sùbía las escaleras de la ansiedad.

Tras las primeras pisadas, se escucharon otras que parecían reclutadas por aquellas escaladoras de las situaciones dilucidantes.

Inmediatamente se sucedieron otros pasos y luego otros.

Se tenía la sensación de que entraba uno de esos batallones de las *films*, renovadas constantemente por las mismas comparsas...

Seguido de varias personas sensacionales y austeras, penetró en un salón insospechado para el detective, el mismo individuo que ensayara y planeara el crimen, dirigiendo un rápido saludo. Y sin permitir que se le contestara, empujó y cerró violentamente la puerta secreta de la habitación, dejando al detective y a la muchacha en la tangente de las investigaciones...

Despojándose del sombrero, del abrigo y de la actitud hermética que siempre le había caracterizado y ofreciendo un asiento a cada uno de sus acompañantes, aclaró:

—Mis cómplices son innumerables. Es inútil decir sus nombres y aprehenderlos. No se podría... Unos han salido del circu-

lo y en la órbita en que ha girado mi vida desde que conocí a esta mujer. Otros han emigrado o desertado de mi amistad. Pero todos han contribuido a enturbiar mis procederes.

Los que actualmente intervinieron en el crimen, no es posible citarlos y reunirlos aquí... Son innumerables, inconmensurables...

—Insujetables...

—Que la vida se tome la molestia de irlos desterrando...

Para sintetizar las investigaciones y evitar su captura innecesaria y difícil, me declaro el único culpable, a pesar de que tengo probabilidades de evadirme y pruebas irrefutables de mi inocencia...

—Señores jurados incidentales reunidos aquí en plebiscito supernumerario...

No me interroguéis...

No necesito defensor...

Soy un asesino anónimo...

No soy un criminal...

Mi única defensa es el crimen. Y ni siquiera lo será mañana... Porque no lo consumé del todo...

Cuando tropecé con la mujer irresistible, toda mi fuerza y todo mi anhelo se polarizó en la indiferencia y en la imposibilidad de conquistarla...

Hice de mi persona una serie de personas. Catalogué en mí mismo una envidiable variedad de individuos. Fui el más completo muestrario de hombres, física-moral-intelectual-socialmente, y ninguno de ellos lograba interesarla. Recurrí a todos los precedimientos humanos, artísticos, literarios, científicos, imbéciles, hipócritas, para imbuirle un sentimiento. Celos, triunfos, displicencias, fracasaron ante su mutismo. Hubiera desistido si sus ojos no expresaran, en irregulares momentos, cierta intención y cierto deseo de encontrar en mí el hombre ideal. Yo tenía las cualidades y las bellezas de ese hombre. Pero descontroladas, desorganizadas, dispersas. No faltaba, sino orientarlas, dinamizarlas, encauzarlas.

Inventé, sin eficacia, frases sinceras y convincentes. Frases suspicaces, frases arteras, innobles, mortificantes, joviales y todas naufragaban en su sonrisa impenetrable.

Durante los frecuentes insomnios —los mejores diccionarios— hojeé mis posibilidades de hombre, sin encontrar la palabra que ella esperó tanto tiempo.

En los huecos de silencio que, a veces, me recluían de la obsesión, se arrionconaba esperanzada de escuchar la frase mágica... Se arrellanaba en actitudes fáciles de ensamblar con esa que yo ensayé continuamente y que me dio cierta impersonalidad... Cierto simultaneismo en mi carácter y en mis gestos.

Pasaron intrincados instantes y los dos coincidíamos en buscarnos, en querernos hallar, en cortejarnos, demostrando una férrea reincidencia.

Un día, sin pensar, sin analizar el sentido y la intención, con la más grande de las despreocupaciones y con la seguridad de que no se tomaría en cuenta mi promesa y de que la dejaría inconmovible, por decir algo que cortara el silencio que nos desahuciaba, la dije:

—Por ti, sería capaz de cometer un asesinato...

Saltó hacia mis brazos como si la hubiesen desamarrado, como si hubiesen soltado todas las velas de su ilusionismo. Y, besándome frenética, claudicante, alocada, desbaratada toda ella de su ideología inconquistable, abrió de par en par sus miradas que tenían cierta herrumbre de ensueños...

Una frase cualquiera, pronunciada sin ningún antecedente, sin ninguna tendencia, la exasperó y la acercó a mi vida para siempre.

Nunca imaginé que esta promesa incidental la conquistara...

Sus miradas, sus gestos, sus caricias, iban subrayando, cada vez con más fuerza, la frase terrible...

Desde entonces no tuve sino un pensamiento. Un pensamiento que obstruccionaba mi cerebración y me guiaba, como una linterna sorda, hacia el crimen.

Intenté comprar la vida de alguien que estuviese desesperado...

Salía en las noches tumultuosas de ideas y de sensaciones incomprensibles, en busca de un asalto, de una discusión que degenerara en insultos y se convirtiera en pistoletazos... En busca de algo que me decidiera a ser criminal...

Los pensamientos pasaban en mi cerebro, como las noches y los días. Con esa alternativa de las noches y los días que dejan esa resolución oscura y decidida, aclarada y desechada con el alba...

Me fue imposible seguir viviendo así. No tuve más salvavidas que el del crimen. Y medité los medios de cometer el más complicado...

De todas las mujeres que me visitaban había una que la exasperó siempre por su belleza, por su gracia, por sus encantos, por su inteligencia.

Cenamos varias veces, bailamos en diferentes ocasiones, íbamos al teatro los tres, con una envidiable compaginación espiritual...

Cuando ella estaba preparada sentimentalmente, voluptuosamente, para presenciar el crimen, cuando presentí que lo contemplaría con un verdadero fervor, tracé los planos del asesinato y lo ensayé como un actor perfecto en un escenario perfecto...

Se tapizó un gabinete especial con un color "amarillista", un color que diera más solemnidad al espectáculo... se amueblό con un mobiliario sombrío que completara la decoración y contribuyera a hacerlo más sensacional...

En ese gabinete nos reuníamos asiduamente. Durante aquellas frecuentes citas, fui caracterizándome como un verdadero criminal. Como un criminal psicológico que presiente los detalles que van a impresionar más...

Estas reuniones fueron para los tres de una tortura indescriptible...

Hubo momentos en que el crimen parecía irremediable...

Los fui prolongando hasta que se desbordó la inquietud.

Una noche en que tomábamos el té, entre la trivialidad de la charla que provocan todos los tés, creí, totalmente, en la posibilidad de realizarlo. Me iba sintiendo asesino...

Mi flirt de criminal las desconcertaba y las fue acercando más y más. Estas escenas me uniformaron de cinismo y una noche. Esa noche de la tragedia, después de haberme colocado en situaciones difíciles, considerando que no se podía prolongar la espectación, decidí consumar el asesinato...

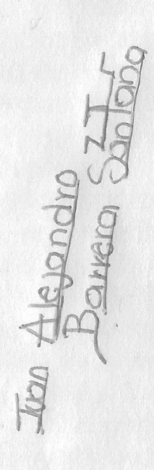
La amiga que me acompaña es la única testigo del crimen.

El maniquí que me librará de la cárcel está inspirado en su belleza. Es mi más grande amiga y lo será siempre...

¡Señores jurados incidentales reunidos aquí en plebiscito supernumerario!

Que este crimen provisional, que puede ser precusor del verdadero, quede en un absoluto silencio...

LA SEÑORITA ETC.



A mis compañeros de cuartillas
en *El Universal Ilustrado*

1

Llegamos a un pueblo vulgar y desconocido.

Todos los pasajeros habíamos urdido esa fugaz amistad de calceta provisional que se urde durante el ocio de un camino vertiginoso de hierro. Por un accidente inesperado, tuvimos que dejar un momento los vagones y asaltar la primera estación del itinerario. La ciudad estaba a oscuras. Los huelguistas habían soltado un tumulto de sombras y de angustias sobre la turbia ciudad sindicalista.

Caminábamos un poco medrosos y el frío nos hacía más amigos, más íntimos, más sensibles.

Yo compré mi pasaje hasta la capital, pero por un caso de explicable inconsciencia, resolví bajar en la estación que ella abordó. Al fin y al cabo, a mí me era igual... Cualquier ciudad me hubiese acogido con la misma indiferencia. En todas partes hubiera tenido que ser el mismo.

Sin duda, el destino, acostumbrado corregidor de pruebas, se propuso que yo me quedase aquí, precisamente aquí, con ella.

La calle fue pasando bajo nuestros pies, como una proyección cinemática. Era la hora en que todo parece estar en convalecencia. Las cosas se iban quitando sigilosamente su antifaz cloroformizado.

Los mástiles de los barcos empujaban su ansiedad, queriendo descolgar los frutos encendidos más allá de los cielos. De cuando en cuando, la concavidad gigantesca del árbol, movía inusitadamente sus ramajes de bote en bote, desprendiendo el inevitable fruto picado por los pájaros ultracelestes... La inquietud lo levantaba subsilente, como en un juego de *base-ball*.

Ella me contemplaba en silencio. Yo no podía eslabonar ningún pensamiento con mis ideas "empasteladas" por los sacudimientos de la alta marea.

Sentado junto a ella, en medio de la soledad marina y de

la calle, me sentía como en mi casa. Disfrutaba de un poco de música, de un poco de calor, de un poco de ella.

Cuando empezó a estilizarse la decoración imaginista, me di cuenta de que había estado alucinado de un sueño.

Era una ciudad del Golfo de México. Acaso yo me encontraba allí por una equivocación en las direcciones de mi bagaje ilusorio.

De todas maneras ya no tenía remedio.

—¿Qué iba a hacer?

Lo de siempre.

Nada.

Me acostumbraría a vivir detrás de una puerta o en el hueco de una ventana. Solo. Aislado. Incomprendido. Tendría que pregonar por unas cuantas miradas o unas cuantas sonrisas, algunas EXTRAS de mi vida inédita.

Como no hablo más que mi propio idioma, nadie podrá comunicarse conmigo.

Tendría que volver a contemplar, confundidas con los programas idiotas que se embobaliconan en las esquinas intelectuales de las ciudades civilizadas, mis sensaciones desbordadas con la tinta dolorosa de la vida.

Para asirme más a la absurda realidad de mi ensueño, volvía a verla de vez en cuando. El azar, interrumpiendo la perspectiva de un viaje arbitrario, nos acercaba sin presentaciones, sin antecedentes. Era inevitable y hasta indispensable que siguiésemos juntos. Además, la casi furtiva amistad que enhebramos, me había hecho creer que estaba enamorado de ella.

El sueño comenzaba a desligarme. Sentí cansancio. Su languidescencia doblada sobre mis brazos con la intimidad de un abrigo, se había dormido. Era natural. Seis días de viaje incómodo, la hicieron perder su timidez. No era por nada... El cansancio también la desligaba de todas sus ligaduras sensitivas.

Pensé. Ella podría ser un estorbo para mi vida errátil, para mis precarios recursos. Lo mejor era dejarla ahí, dormida. Huir...

De pronto, me acordé del calendario amarillento de mi niñez sin domingos, del alba atrasada de mi juventud, de mi soledad.

Acaso ella, era ella...

Y me eché a andar yo solo, hacia el lado opuesto de su mirada.

2

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26...

—¿Un reloj?

No. No es posible.

Imposible.

Mis ojos se fueron quitando, poco a poco, la goma del amodorramiento de las noches palingenésicas, del insomnio producido por el ajetreo mental, que se va extendiendo en un cansancio de corriente apagada, por las fibras de nuestro equilibrio sensorial.

Una campana seguía clavando en la beatitud de la ciudad, su humilde inconsecuencia.

Un sentimiento impreciso me agarraba del cuello.

Con la temblante seguridad de que a una leve insinuación de sus movimientos hubiera desandado la idea de alejarme, me paraba a cada momento.

Su recuerdo se enrollaba en mi espíritu.

Su voz naufragaba en el sonambulismo de la hora, como las voces muertas de los teléfonos.

Inútil oponerse. Yo estaba condenado a olvidar todas las cosas. A despegarme de ellas, con una facilidad torturante.

Tal vez había perdido lo único que hace bella la rotación de nuestras elipses...

Ella se quedó, allá, muy lejos, descendiendo del paracaídas de su ensueño. Yo, arrastrando su recuerdo, me dirigí al café.

El café llegó a ser mi otro yo. Todos los días, todas las noches, después de la cotidiana vagamundez de mi trayectoria, aburrido de encontrar las mismas siluetas escrutadoras en las callejuelas, de contemplar la estúpida fachada de las casas y la sonrisa boba de las ventanas, me refugiaba en el café.

Casi me iba acostumbrando a su vida inmoble. Me divagaba con sus frases estereotipadas en la pared, con sus caras pa-

rroquianas, con su aislamiento de las calles estentóreas y vociferadoras. Hay algunos cafés tan aproximados a la vida, que dan la sensación de que uno cena, bebe, fuma, ríe, en medio de la calle, con los transeúntes impertinentes, estropeadores... En donde es muy posible que, distraídamente, nos tomen del brazo y nos sigan contando la misma aventura a lo largo de la calle...

Los espejos multiplicaban simultáneamente, con una realidad irrealizable de prestidigitación, las imágenes "rimmeladas" de mi catálogo descuadernado.

Cuando la vi por primera vez, estaba en un rincón oscuro de la habitación de su timidez, con una actitud de silla olvidada, empolvada, de silla que todavía no ha ocupado nadie...

Sus ojos tenían una impávida inocencia de la vida. Parecíase a esas mesas de los cafés, embrolladas de números, de cuentas, de monigotes, de intimidades de los parroquianos asiduos.

Sin duda estaba allí por necesidad... Viéndola, auscultándola, vivía retrospectivamente.

Sus miradas, sus sonrisas, sus palabras, me envolvían en la bruma de los instantes vividos en un vagón ahumado de imposibles.

En mi imaginación ya no existía solamente ella, no era solamente ella; se fundía, se confundía con esta otra ella que me encontraba de nuevo en el rincón de un café.

Desde entonces, ya no pude vivir los días y las noches separadamente.

Mi ocio se había quedado, como el de los demás parroquianos, pegado a la pared.

Cuando ella servía, indiferente a todos los intrusos que ensordecían el ambiente de humo y de gritos, me alejaba un poco entristecido, sin pensar en su embrujamiento.

Una noche entré al café con la intención de decirla muchas cosas, de continuar una conversación que nunca habíamos tenido, pero que yo consideraba interrumpida.

Al acercarse, me miró de tal manera, que sentí encenderse el recuerdo de la mirada de ella.

Balbuceó no sé qué palabras, como en secreto, y la hice una promesa:

—Nos veríamos siempre.

3

El balanceo premeditado por las irregularidades de la vía, sacudiendo las sombras del vagón, desintegraba un sueño de doscientos kilómetros.

Los *porters* nos habían repartido en las celdas del *pullman*, con una intransigencia insoportable.

De cuando en cuando, la fuga del paisaje al carbón, emborronada por la acelerada carrera del tren, hilvanaba a mi vida interrumpida por las estaciones.

Los pasajeros eran los mismos de siempre.

Al bajar, los *claxons* de los automóviles olfateando la traza de los viajeros, se acercaban con zalemas zigzagueantes de reconocimiento, coreando su insistencia

LIBRE

El otoño comenzaba a recoger las primeras hojas volantes que repartía el viento.

Yo me sentía con esa profunda nostalgia que se va acumulando en las estaciones solitarias, recordadas por unas cuantas luces mortecinas, alegradas o entristecidas por los pitazos de los trenes.

Mi espíritu se ensombrecía como esos carros desorillados de rieles mohosos, en los escapes de las vías.

Yo no era más que un carro en donde todo se había ido, un carro olvidado, con sus miradas perdidas paralelamente, a lo largo del paisaje.

Agobiado, ahumado de tantas saudades, empecé a recorrer las emociones desconocidas que atardecían en la ciudad.

Bajo el azoramiento de las calles desveladas de anuncios luminosos, me dejaba estrujar por sus turistas, sus mujeres elegantes, sus *snobs* de la moda y del sistemático vagar por las aceras desenfrenadas.

El parpadeo de mi semáforo columbró, a lo lejos su silueta confundida de vela que se desprende y se va a pegar a los mástiles atmosféricos, cuando un viento agita la epidermis del mar.

No tenía la seguridad de que fuese ella, pero su figura des-

colgaba de la galería de recuerdos, se estatizaba en la penumbra de un daguerrotipo.

Caminé tras ella con la paradoja de que era ella, de que su voz submarina volvería a colorear la esponja de mi corazón que se llenara continuamente de remembranzas de ella.

Su andar ligero impulsaba mi astenia. Casi me arrepentía de haberla dejado instintivamente a la orilla del mar o en la habitación oscura de un café.

El contacto inesperado con la multitud, hizo balbucientes mis ideas, mientras ella se alejaba con mayor rapidez de mi memoria.

Cuando casi me decidía a confesarla mis presentimientos, se perdió al tráves del cristal de la vitrina de un almacén.

La contemplé imaginariamente.

Quería retener sus contornos, sus miradas, sus sonrisas. Adivinaba sus movimientos para desasirse, para librarse de mí.

Se quedaba para siempre entre perfumes, embalsamada de alucinaciones, de esperanzas. Se quedaba ahí, eternizada. Se esfumaba...

No me quedaría de ella, sino la sensación de un retrato cubista. Una pierna a la moda con medias de seda, ruborizada de espejos... La otra en actitud hinojosa... La insinceridad de sus guantes crema... Su mirada impasible... Su ropa interior melancólica... Su recuerdo con pliegues... Se disasociaba en la vitrina de un almacén lujoso, infranqueable...

4

Todos los días, a la misma hora, con la irrevocable necesidad de tener que utilizar algunas horas de mi involuntaria pero arraigada vagancia, tomaba el tranvía.

Los tranvías subrayaban todos los días, todas las tardes, de ocho a doce y media y de tres a cinco y media, la carta de recomendación de mi amigo. Cambié de traje, de humor, de maneras. Mi rebeldía casi se iba acostumbrando a esas existencia de calcomanía de las oficinas.

Por la influencia del ambiente, tuve que agregar a los re-

cortes literarios de mi vida, sellos oficiales, ideas mecanográficas, frases traslúcidas de papel carbón, imprecisiones de goma de borrar, pensamientos aguzados uniformemente con *shapeners*...

El motivo de mi llegada a la metrópoli, la causa de haber abandonado tantas cosas, se iba borrando, hundiendo. La realidad de que podría llegar a los ascensores intelectuales, me impulsaron a hacer innumerables arbitrariedades imborrables que agitaban mi espíritu.

Había salido de una oficina insignificante para entrar a una oficina importante. No había hecho más que lo mismo...

Mi vida fue tomando un aspecto de piso encerado. Diariamente arrancaba a mi disciplina de calendario, la hoja numerada del fastidio del día.

Una vez que robé al horario de la oficina, con la intención de tomar el tranvía a una hora alegre, diferente, entre el abigarramiento apretado de mujeres, ella subía empujada por la precisión.

Sentí impulsos de no tomar el mismo tranvía, de dejarla pasar inadvertidamente, de que no me recordara la figura que me obsesionaba.

Después abordé premeditadamente el tranvía a la misma hora en que ella lo tomaba.

Sentado, silencioso, contemplándola, encerrado en su indiferencia, me divagaba con la conversación babelesca de los anuncios hipnotizadores en el interior del carro.

Ella se balanceaba armoniosamente de las agarraderas...

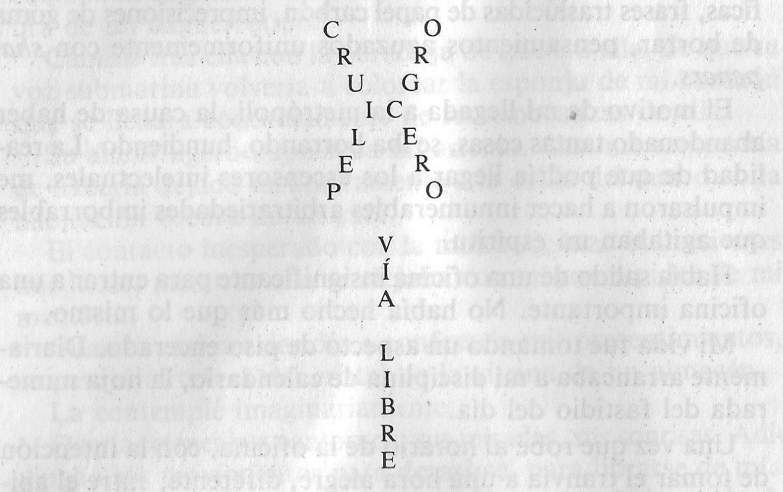
En mi interior, repetía las mismas palabras para ofrecerla el lugar que me reservara la casualidad. Se lo ofrecía con los ojos, con el pensamiento, con actitudes imaginales, pero ella se iba alejando poco a poco...

Muchas veces la esperé con un vacío interior.

Mis sentimientos se desbordaban por las ventanillas, por el *troley*, que iba dejando desgarramientos luminosos de su fibra sensitiva...

El esmalte de sus cabellos cortos, en espirales acariciantes, su voluptosa transparencia al andar, la comisura de su sonrisa, me exacerbaban.

Bajo su mirada fulgurante de



sus senos y mi corazón se quedaron temblando, exhaustos, con ese temblor incesante del motor desconectado repentinamente de un anhelo de más alla...

5

Ya tenía mucho tiempo de vivir en la ciudad y no conocía nada de la ciudad. Apenas si conjeturaba algo del cuarto que ocupara en el hotel.

Al principio tuve la intención de pagar, en una casa de huéspedes, un mes de vida mediocre. Las súbitas impresiones me llenaron de penumbra el cerebro y no pude hacerlo. Yo nunca he tenido sentido común.

Tomé un cuarto en el hotel más lujoso. Un cuarto que jamás utilicé, porque pasaba los días y las noches en lugares inusitados.

No me sentí vivir en aquel hotel, sino cuando ella penetró, con sus pasos medidos, en el ascensor.

Subíamos lentamente y tan irreales como ese humo que enferma la garganta de las chimeneas...

La vida casi mecánica de las ciudades modernas, me iba

transformando. Mi voluntad ductilizada giraba en cualquier sentido. Me acostumbraba a no tener las facultades de caminar conscientemente. Encerrado en un coche, me perdía en el sonambulismo de las calles.

Yo era un reflector de revés que prolongaba las visiones exteriores hacia las concavidades desconocidas de mi sensibilidad. Las ideas se explayaban convergentes hacia todas las cosas.

Me volvía mecánico.

Me conducían las observaciones puestas en cada uno de los objetos que usaba.

Cuando el ascensor concluyera de desalojarnos, encontrándome de pronto frente a ella, la observé detenidamente, me estupefacté de que también se había mecanizado. La vida eléctrica de hotel, la transformaba.

Era, en realidad, ella, pero era una mujer automática. Sus pasos armoniosos, cronométricos de *fox-trots*, se alejaban de mí, sin la sensación de distancia. Su risa se vertía como si en su interior se desenrollara una cuerda dúctil de plata. Sus miradas se proyectaban con una fijeza incandescente.

Sus movimientos eran a líneas rectas, sus palabras las resucitaba una delicada aguja de fonógrafo. Sus senos temblorosos de "amperes"...

Ya en el diván de su cuarto, comenzamos a recordar las mismas cosas de siempre.

Nos escuchábamos ambos desde lejos. Nuestros receptores interpretaban por contacto hertziano, lo que no pudo precisar el repiqueteo del labio.

Me sentí asido a sus manos, pegado a sus nervios, con una aferración de polos contrarios.

Las insinuaciones de sus ojos eran insostenibles; yo los asordinaba con una pantalla opalescente.

Cuando ella desató su instalación sensitiva y sacudió la mía impasible, nos quedamos como una estancia a oscuras, después de haberse quemado los conmutadores de espasmos eléctricos...

Ella había llegado a ser un APARTAMENT cualquiera, como esos de los hoteles, con servicio *cold and hot* y calefacción sentimental para las noches de invierno...

6

Mi sombra se alargaba en los jardines con una pesadumbre de persiana apagada. Desencantado de una tristeza retrospectiva, su remembranza cosmopolita de suntuosidades de *hall*, con música de piano automático, sus miradas, sus sonrisas de antesala, me hacían daño...

Aunque ella había adivinado la oscuridad de mis primeros pasos en la ciudad, aunque ella me sacó con su mirar "eclatante" de ojo de automóvil —de la·callejuela apagada de barrio bajo en que transitaba...— Ella no podía ser ella...

Me había tatuado, quemando hondamente su silueta en el fondo de mi corazón, extenuado de tantas emociones.

Indudablemente yo era un "papalote" de la vida. Cuando me encontraba más allá de sus manos, casi inmóvil, o vibrando con la misma inquietud de su ocio infantil, me atraía o me alejaba inevitablemente.

Ya era más que un vagabundo de las calles y de la vida, era un vagabundo del pensamiento, no podía estandarizar las células de mi cerebro exaltado.

¡Era posible que el destino, hojeándome diariamente, no encontrase lo que encontraba en todos los demás!...

Ella me vio tendido, en un banco de un parque, con las manos metidas en los bolsillos de mi interioridad, de mis recuerdos.

Había seguido las tendencias de las mujeres actuales.

Era feminista. En una peluquería elegante, reuníase todos los días con sus "compañeras". Su voz tenía el ruido telefónico del feminismo...

Era sindicalista. Sus movimientos, sus ideas, sus caricias estaban sindicalizadas...

Cuando le hablé de mis idealidades peregrinas, se rió sin coquetería.

Azuzaba la necesidad de que las mujeres se revelaran, se rebelaran...

Quería convencerme de que nuestra vida es vulgar, como la de cualquiera, de que no éramos más que unos visionarios, de que era indispensable hacer una revolución espiritual. Sanear las mentalidades de tanto romanticismo morboso...

Yo escuchaba sus palabras con la ecléctica indiferencia que tengo para la charla de las peluquerías...

Los espejos no retrataban sus mohines frívolos... Feministas.

Mientras ella recortaba algo de mi vida ilusoria y me prodigaba sus caricias de *Fleurs d'Amour*, yo sufría la tiranía de sus abrazos que me atenaceaban con la simplicidad de las toallas amortajadoras de clientes.

Sus modales, sus palabras, me sugerían ese terrible agasajo de los *office-boys* de las peluquerías, que me hacían abandonar los establecimientos, medroso de que intentaran arreglar mi modo de ser... De acepillarme las ideas, de quitarme algo... De ponerme algo...

Sin embargo, cuando salí, yo veía naufragar en el agua de los espejos sindicalistas, sus miradas de *Un Jour Viendra...*

7

Cada vez que su recuerdo desovillaba mis letargos, tenía que engañarme para no buscar la claridad de su sombra.

Sus absurdidades, tan naturales, desmantelaron la ráfaga de ilusión que navegaba en sus pupilas.

No podía desarraigarme de su influencia. Sin embargo, de cuando en cuando, lograba olvidarla momentáneamente, mientras herían mis saudades las voces de las demás mujeres.

A pesar de que su transformación había sido sistemática, yo estaba seguro de que, en el fondo, ella seguía pensando con los pensamientos míos...

Interiormente, la llevaba iluminada con el mismo fervor con que ella me había sacado de mi existencia oscura.

Divagando por las calles desteñidas de lluvia, con la tenacidad de eternizar su inencontrable figura, me refugiaba, intermitentemente, bajos las pestañas de las marquesinas.

Estaba agobiado de mí, de sensaciones sentimentales. Por más que intentaba pensar en la vida dinámica, una casa astrosa, un farol insomne, un papelero bajo la lluvia, un mendigo incrustado en un rincón, hacíanme desalojar remordimientos incomprendidos, nostalgias compasivas que me deterioraban...

En la puerta de un cine, el timbre saqueaba a los transeúntes. Me detuve un instante para explicarme su realidad.

Sus pasos apenas si rozaban el silencio aglomerado numéricamente en las butacas.

Su silueta se había desteñido. El ambiente descolorido en que vivía le daba ese aspecto.

Toda ella se había quedado en mi memoria, con una opalescente claridad de celuloide...

Transitaba jardines agitados por un viento eléctrico, con florescencias inanimadas, humedecidas por una lluvia de surtidor...

Sus miradas estaban hechas de *dissolvesout*, su voz tenía siempre el mismo tono modulado con ritmos de silencio articulado.

Todas las noches, como en un sueño, yo desenrollaba mi ilusión cinemática...

8

Mis evocaciones estaban agujereadas de sus miradas de puntos suspensivos... Sentado al borde del crepúsculo, las repasaba sin pensar.

Había peregrinado mucho para encontrar la mujer que una tarde me despertó hacia un sueño. Y hasta ahora se me revelaba.

Presentía sus miradas, etc. ... sus sonrisas, etc. ... sus caricias, etc. ... Estaba formada de todas ellas...

Compleja de simplicidad, clara de imprecisa, inviolable de tanta violabilidad.

El café de nadie
—con una tirada de 10 mil ejemplares—
lo terminó de imprimir la
Dirección General de Publicaciones
del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
en los talleres de Comunicación Gráfica
y Representaciones P.J., S.A. de C.V.
Lucas Alamán No. 20-A
Col. Obrera, C.P. 06800
en noviembre de 1990.

Diseño y fotografía de portada:
Gabriela Téllez

Cuidado de la edición:
Margarito Flores, Felipe Guevara y
Departamento de Corrección